

pela; pero cuando se supo que habían ordenado el alejamiento del Delfín y de la Delfina, adivinóse la clase de enfermedad: fiebre, dolores de cabeza, vómitos y dolores en las entrañas denunciaron las viruelas locas. En la capilla de palacio comenzaron las púas de las cuarenta horas; las hijas del rey y la favorita turnaban en el cuidado del enfermo y aquéllas y la Delfina querían que se preparase á éste para recibir los últimos sacramentos. Pero para ello hubiera sido antes preciso separar del monarca á la señora du Barry y por esto d'Aiguillon declaró que los sacramentos, «muy buenos para el alma, entrañaban el peligro de matar al enfermo.» Y habiéndose hablado de enviar á buscar á San Dionisio á Madama Luisa, el ministro pidió al nuncio que negase á la carmelita autorización para salir de su convento. A pesar de todo, llegó el momento tan temido: en la noche del 3 al 4 de mayo, Luis XV, que quería evitar á su querida la afrenta de que en otro tiempo había sido objeto la señora du Chatelet, dijo: «Señora, tengo las viruelas locas, y puede suceder que dentro de veinticuatro horas hayan de administrarme los sacramentos; es menester evitar la aventura de Metz y es necesario que os separéis de mi lado.» La condesa se retiró á Rueil, en casa de la señora de Aiguillon.

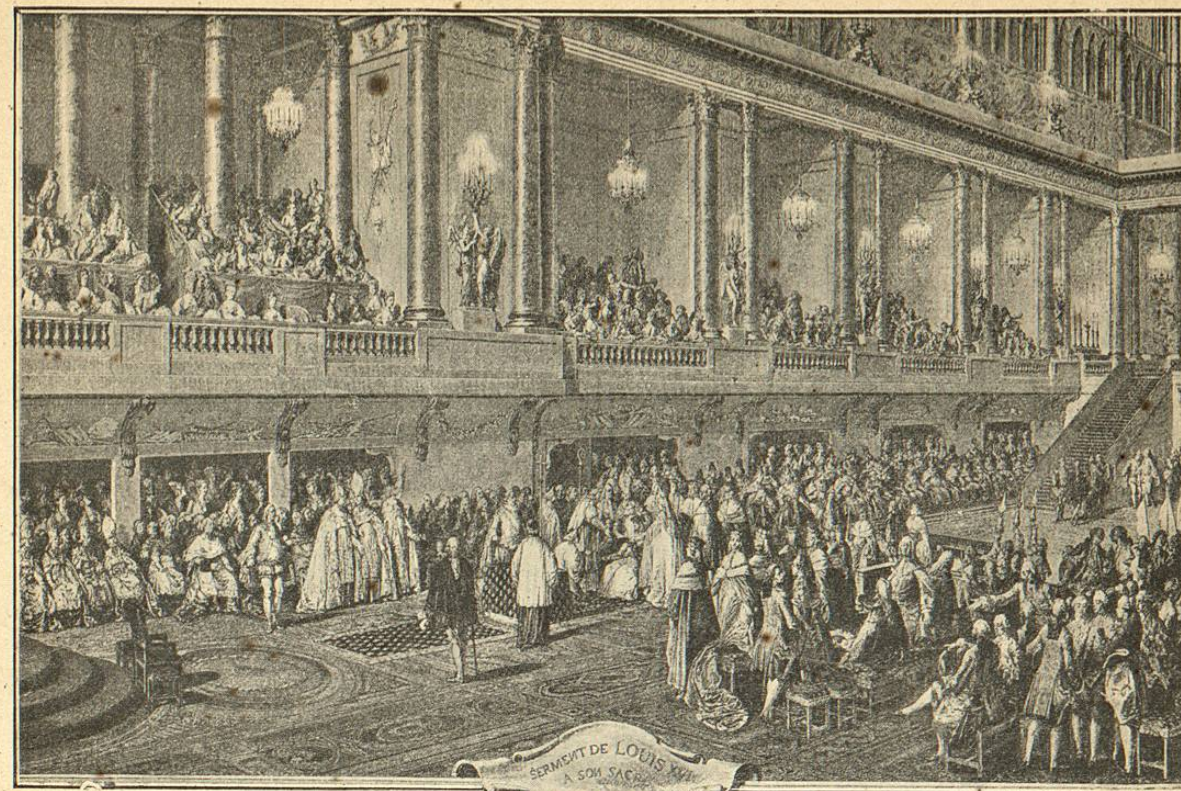
El día 7 de mayo, el rey, comprendiendo que se agravaba, llamó á su confesor ordinario, el padre Maudoux, y se confesó; el cardenal de La Roche-Aymón le administró con gran solemnidad el viático y le dijo: «He aquí al Rey de los reyes, al consolador de los soberanos y de los pueblos.» El rey murmuró algunas palabras al cardenal, quien volviéndose á los circunstantes, declaró:

«Señores, el rey me ordena deciros que si ha causado escándalo á sus pueblos les pide por ello perdón.»

El 9 de mayo, quiso el enfermo recibir la extremaunción, y al día siguiente, después de una agonía dolorosa, falleció á las tres de la tarde. Estaba desconocido; sus facciones se habían deformado y abultado; tenía la cara cubierta de costras y exhalaba un hedor infecto que obligaba á tener constantemente abiertas las ventanas.

Durante su enfermedad, escribe Besenval, nadie manifestó el menor interés por él, tan perdido estaba en «la opinión general;» y aunque se mandó que se expusiera en las iglesias el Santo Sacramento y en San Esteban del Monte el cofre de las reliquias de Santa Genoveva, los fieles se abstuvieron de rezar por la salud del rey. En vez de las seis mil misas que se habían dicho en 1744, apenas se dijeron tres en 1774 y el párroco de San Esteban del Monte lamentóse desde el púlpito de la indiferencia de los parisienses.

El 12 de mayo, á eso de las siete de la tarde, el cadáver fué colocado en una carroza que escoltaron guardias de corps y criados de librea; detrás iba en coche el limosnero mayor y seguían á pie algunos recoletos y el clero de las parroquias de San Luis y de Nuestra Señora de Versalles. En la plaza de armas, el cortejo se dividió; sólo los guardias y algunos criados fueron hasta San Dionisio. Durante el nocturno viaje, algunos guasones, aludiendo á las dos pasiones principales del difunto, la caza y el amor, saludaron el entierro con los gritos: «¡Tiaut, tiaut!» «¡He aquí el placer de las damas! ¡He aquí el placer!»



Consagración de Luis XVI. (De un grabado de la Biblioteca nacional)

## EL REINADO DE LUIS XVI (1774-1789)

FOR H. CARRÉ, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE POITIERS; P. SAGNAC, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LILA, Y E. LAVISSE, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS (4)

### LIBRO PRIMERO

#### LUIS XVI Y LOS ENSAYOS DE REFORMAS (2)

##### CAPITULO PRIMERO

###### ADVENIMIENTO DE LUIS XVI; RESTAURACIÓN DE LOS PARLAMENTOS (3)

I. El rey y la reina.—II. Las modificaciones del ministerio; Maupeou.—III. La cuestión parlamentaria; desgracia de Maupeou.—IV. Restauración de la antigua magistratura.

##### I. — El rey y la reina

Dice la señora de Campán que cuando Luis XV falleció, en 10 de mayo de 1774, «el Delfín estaba con la Delfina... Un estrépito terrible, parecido al del trueno,

(1) Los cuatro primeros libros y los tres primeros capítulos del libro V son del Sr. Carré; el capítulo cuarto del libro V es del Sr. Sagnac, y el capítulo quinto, del Sr. Lavisse.

(2) Vamos á citar de una vez para siempre los documentos y obras de carácter general referentes al reinado de Luis XVI, hasta 1789.

FUENTES; Los textos legislativos en Isambert, Jourdan y Decrusy, *Recueil des anciennes lois françaises*, 29 vol., París, 1823-29, en los tomos XXIII-XXIX. *Correspondances des agents diplomatiques étrangers en France*, pub. por Flammermont en los «Nouvelles archives des Missions,» t. VIII (1896). *Lettres de Marie An-*

dejóse oír en la primera estancia de la habitación; era la multitud de los cortesanos que abandonaban la an-

*toinette*, pub. por de La Rocheterie y de Beaucourt, París, 1895-96. *Correspondance secrète entre Marie Thérèse et le comte de Mercy-Argenteau*, pub. por de Arneht y Geffroy, París, 1874, 3 vol. *Correspondance secrète du comte de Mercy-Argenteau avec l'empereur Joseph II et le prince de Kaunitz*, pub. por de Arneht y Flammermont, París, 1889-91, 2 vol. Bachaumont, *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des lettres, depuis 1762 jusqu'à nos jours*, Londres, 1877-89, 36 vol. Grimm, Raynal, etc. *Correspondance littéraire, philosophique et critique (1747-1793)*, ed. Tournoux, París, 1877-87, 20 vol. Metra, *Correspondance secrète politique et littéraire*, Londres, 1787-99, 18 vol. *Correspondance secrète inédite sur Louis XVI, Marie-Antoinette, la Cour et la ville (1777-92)*, pub. por de Lescurre, París, 1886, 2 volúmenes. *Chansonnier historique du XVIII<sup>e</sup> siècle*, pub. por Raunié, París, 1879-84, 10 vol., en los tomos IX y X. Saulavie, *Mémoires historiques et politiques du règne de Louis XVI*, París, 1801, 6 vol.

OBRA DE CONSULTA: Michetet *Histoire de France*, nueva edición, París, 1871-74, 17 vol., en el tomo XVII. Jobez, *La France sous Louis XVI*, París, 1877, 93, 3 vol. Souriau, *Louis XVI et la Révolution*, París, 1893 («Biblioth. d'hist. illustrée.») Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, 6.<sup>a</sup> ed., París, 1903, en el tomo I. Taine, *L'ancien régime*, nueva ed., París, 1907, 2 vol.

(3) FUENTES: Condorcet, *Œuvres*, París, 1847-49, 12 vol. en

tecámara del soberano muerto para acudir á saludar á la nueva potencia de Luis XVI.» Pero el joven rey había exclamado: «¡Qué carga! ¡Y nada me han enseñado! ¡Parece que sobre mí va á desplomarse el Universo!»

Luis XVI no contaba aún veinte años, puesto que había nacido en 24 de agosto de 1754; de mediana estatura, grueso de cuerpo, de nariz larga, labios abultados y colorada tez, tenía un aspecto vulgar que recordaba la poco graciosa figura de su madre, María Josefa de Sajonia, y de su padre, «un monstruo de gordura.» Para combatir la obesidad de que estaba amenazado cazaba todos los días, dedicábase á rudas faenas, trabajaba con los obreros de palacio, manejando vigas ó bloques de piedra, y fué cerrajero y herrero. Gran gastrónomo, padecía frecuentes indigestiones; á causa de un defecto de conformación física no pudo consumir su matrimonio hasta 1777.

Era desmañado, tímido, «cerril,» honrado y bueno, sin orgullo ni vanidad, con instintos de justicia, ferviente cristiano y de mediana inteligencia. Después de su advenimiento al trono, aprende un poco de italiano, alemán, inglés y geografía, adquiere un conocimiento bastante serio de las cosas exteriores y trata de iniciarse en las materias de guerra y de administración, pero vive sobre un fondo de ignorancia. La condesa de La Marck lo describe á Gustavo III de Suecia como hombre «sin inteligencia, sin conocimientos y sin lecturas.» Pero á lo menos tiene buen sentido: «Ese hombre es algo débil,» dirá de él su cuñado José II, mas «no un imbécil.» A fuerza de experiencia, llegará lentamente á comprender y á apreciar á los hombres y los acontecimientos. Lo peor es que carece de voluntad, y este defecto hállase agravado por sus cualidades, su bondad y su conciencia religiosa, que multiplican sus vacilaciones y sus escrúpulos. El conde de Provenza, hablando de las ideas de su hermano, decía: «Figuraos dos bolas de marfil untadas de aceite, que en vano os empeñarais en retener juntas.» El duque de Croy preveía que «con mil cosas buenas, mucho buen sentido y hasta con rectitud de juicio, el rey... no aprendería á gober-

el tomo V; Sra. de Campán, *Mémoires sur la vie privée de Marie Antoinette*, ed. Barriere, París, 1823, 3 vol. Las *Mémoires* de Talleyrand, pub. por el duque de Broglie, París, 1891-92; 5 volúmenes; del abate Geogel, París, 1817-18, 6 vol.; del príncipe de Montbarrey, París, 1826-27, 3 vol.; de la baronesa de Oberkirch, París, 1853, 2 vol.; de Augéard, París, 1866; del barón de Besval, París, 1805, 4 vol.; de la Sra. du Hausset, París, 1809. Duque de Levis, *Souvenirs et portraits* (1780-89), París, 1813. De Allonville, *Mémoires secrets*, París, 1838-45, 6 vol. en el tomo I. J. N. Moreau, *Mes souvenirs*, pub. por Hermelin, París, 1901, en el tomo II. Duque de Croy, *Journal inédit*, pub. por de Grouchy y Cottin, París, 1906, 3 vol. Sallier, *Annales françaises*, París, 1813. Mirabeau, *Correspondance avec le comte de La Marck*, pub. por de Bacourt, París, 1851, 3 vol. Pidansat de Mairobert y Mouffe d'Angerville, *Journal historique de la révolution opérée dans la monarchie française*, Londres, 1774-76, especialmente en los tomos VI y VII. Bouillé (marqués de), *Mémoires historiques sur la Révolution française*, París, 1801, 2 vol. Luis XVI, *Journal*, pub. por Nicolardot, París, 1873. Senac de Meilhan, *Du gouvernement, des mœurs et des conditions en France avant la Révolution*, ed. de Lescure, París, 1862.

OBRAS DE CONSULTA: E. y J. de Goncourt, *Histoire de Marie Antoinette*, 2.ª ed., París, 1878. De la Rocheterie, *Histoire de Marie Antoinette*, París, 1890, 2 vol. De Nolhac, *Études sur la cour de France. Marie Antoinette dauphine*, 2.ª ed., París, 1898; id., *La reine Marie Antoinette*, París, 1899. Geffroy, *Gustave III et la Cour de France*, París, 1867, 2 vol.

nar ni á trabajar por sí mismo;» y parecía que «todo se anunciaba... absolutamente todo, como en tiempo del rey difunto.»

Dícese que en los primeros días del reinado, Luis XVI declaró que «lo que siempre ha perdido á este Estado han sido las esposas legítimas y las queridas.» Él no tuvo queridas pero fué subyugado por la reina, cuya gracia y cuyo continente altivo maravillaba á cuantos la miraban. Horacio Walpòle que la había visto en 1775 en un baile, escribía: «Las Hebes y las Floras, las Elenas y las Gracias no son más que mujerzuelas perdidas al lado de ella... Dicese que no baila á compás, pero en tal caso es el compás quien no tiene razón.» María Antonieta era más inteligente que el rey y tenía aptitudes para ser enérgica, de tal manera que Mirabeau dirá de ella que es «el único hombre;» pero también era muy ignorante y apenas sabía escribir cuando llegó á Francia. En Viena tuvo maestros de todo y no aprendió nada; no leía más que novelas; no gustaba de conversar con personas instruídas y no era aficionada á otras bellas artes que á la música y al teatro. Vivía en una perpetua agitación de placeres, carreras en cabriolé, cabalgatas en burro, jiras con los príncipes y sus amigos; despreciaba la etiqueta, con riesgo de comprometer el prestigio real; y se burlaba de todo el mundo, incluso de su marido. Un día que se las había compuesto de modo que el rey le diera el medio de hacer una cosa que ella sabía que le disgustaba, se divirtió con la candidez del «pobre hombre.» Sus agudezas le atraían resentimientos. Adulada por los que la rodeaban, hacia suyos los intereses y las pasiones de sus familiares, á pesar de cuanto le dijera acerca de esto la emperatriz María Teresa. A su alrededor formábanse camarillas y, por otra parte, así que fué reina, su madre trabajó más que nunca para hacer de ella el instrumento de la política austriaca (1).

Sin embargo, la nación cifraba sus esperanzas en sus jóvenes soberanos, que eran aclamados dondequiera que se presentaban. Referíanse del rey, toda clase de rasgos conmovedores; al lugarteniente de policía, habíale dicho: «Es menester que los pobres puedan comer pan á dos sueldos;» y en el preámbulo de una ordenanza, después de haber hablado de gastos necesarios y de gastos justos, añadía: «Hay... gastos que afectan á nuestra persona y al fausto de nuestra corte, respecto de éstos podremos seguir más pronto los impulsos de nuestro corazón.» Proyectaba suprimir «la pequeña Caballeriza,» reducir sus caballos de seis mil á mil ochocientos y suprimir el «Extraordinario de la boca» y el servicio de las provisiones de viaje. «Quiere—escribía el conde de Creutz, embajador de Suecia—que la familia real no tenga más que una mesa y dicese que reformará el departamento de gastos menores al que se destinan cantidades enormes.» También reformará dos trenes de caza, el del gamo y el del jabalí, lo que sorprende tanto más cuanto que éste era su único entretenimiento. Para «seguir» los impulsos de su corazón, Luis XVI hizo gracia á sus súbditos del donativo del feliz advenimiento, del cual se habían obtenido, en tiempo de Luis XIV una veintena de millones. Una mano desconocida escribió en el pedestal de la estatua de Enri-

(1) Véase pág. 189.

que IV, en el Puente Nuevo: *Resurrexit.*

Anunciábase una reforma de las costumbres. El mariscal duque Luis de Noailles, famoso por su austeridad y por su rectitud pensaba en abandonar la corte, pues sentíase demasiado viejo para seguir desempeñando las funciones de su cargo de capitán de la guardia de corps; pero el rey le retuvo con estas palabras: «Necesito gentes de bien que tengan el valor de recordarme mis deberes.» Decíase que había formado una lista de los franceses más honrados y que siempre la tenía á la vista. Se parapetaba con «barricadas» de buenas personas. Al lugarteniente de policía recomendábale que reprimiese la inmoralidad de París; desterraba á la señora du Barry á la abadía de Pont-aux-Dames y retiraba su valimiento á los más comprometidos partidarios de la favorita. La juventud aristocrática comenzaba á adoptar un tono de comedimiento, y los hijos del conde de Noailles, los del duque de Coigny, señores de La Fayette y de Grammont, hacíanse notar por sus costumbres y por sus conocimientos. El cancionista Collé saludaba á Luis XVI en los siguientes términos:

«Si le gustan las mujeres honradas,  
¿Qué harán tantas hermosas damas?  
Si destierra á las gentes disolutas,  
¿Qué harán nuestros ricos abates?  
Si quiere que un prelado sea cristiano,  
Y un magistrado hombre de bien,  
¿Cuántos jueces mercenarios,  
Obispos y grandes vicarios  
Van á cambiar de conducta? ¡Amén!  
*Domine, salvum fac regem.*»

#### II.—Las modificaciones del ministerio; Maurepás

Cuando Luis XVI subió al trono, Maupeou era canceller; de Aiguillon, secretario de Estado de los Negocios Extranjeros, había reunido á su departamento el de la Guerra en el mes de enero anterior; el duque de la Vrilliere era secretario de Estado de la casa del Rey; Bertin, secretario de Estado del departamento especial constituido para él en 1763 con las Manufacturas reales, las Minas, las Yeguas y el negociado de Agricultura; Bourgeois de Boynes, secretario de Estado de la Marina y el abate Terray Contralor general (1). ¿Conservaría Luis XVI estos ministros? María Teresa escribía á su hija: «Todo lo que puedo deciros y deseáros es que ninguno de los dos os precipitéis nada; mirad por vuestros propios ojos y nada cambiéis.» Y terminaba diciendo: «Nada de gentes fogosas, violentas, ambiciosas; nada de primer ministro.» Pero la corte se hallaba dividida en dos partidos políticos y el rey vacilaba.

El jefe de uno de ellos era Choiseul y la influencia de la reina, cuyo matrimonio él había hecho, parecía que había de preparar su vuelta al poder. Además María Antonieta tenía á su lado, como lector, al abate de Vermond, gran partidario de la alianza austriaca y abogado discreto de Choiseul, de quien era hechura, y en el mismo sentido trabajaba el arzobispo de Tolosa, Lomenie de Brienne, amigo personal del ex ministro, que ocupaba desde hacía diez años un puesto preeminente en los Estados del Languedoc y confiaba entrar con Choiseul en el ministerio. La mayoría de las mujeres de la corte

(1) Véanse págs. 178 y 189.

eran «choiseulistas,» y las más principales, como por ejemplo la princesa de Beauvau y la señora de Brionne, viuda del príncipe Carlos Luis de Lorena, caballero mayor de Francia, apremiaban á la reina para que se declarase. Los Parlamentarios y una fracción de los Filósofos estaban afiliados al mismo partido. La reina, sin embargo, permanecía neutral por consejo del embajador imperial.

El partido de Choiseul tenía poderosos adversarios: el hermano menor del rey, el conde de Provenza, que echaba en cara á Choiseul el debilitamiento de la autoridad real; las tías del rey, Madamas Adelaida y Luisa, y las familias devotas, entre las cuales eran muy poderosos los Noailles, uno de los cuales, hijo del duque Luis, era embajador de Holanda, y la esposa de otro, hermano menor del mismo y también mariscal de Francia, era dama de honor de la reina.

El rey no podía conferenciar con los ministros, á quienes se había prohibido que se presentasen á él, porque habiendo visto al difunto rey durante su enfermedad, habrían podido contagiarse. Espantado de hallarse solo para el cumplimiento de su misión, dejése convencer de la conveniencia de llamar á Maurepás, ex secretario de Estado de la Marina que había caído en desgracia en 1749 (2). Maurepás tenía los modales agradables y la consumada experiencia de un cortesano y á la edad de setenta y tres años conservaba «la cabeza tan fresca como en los comienzos de la carrera» y una inteligencia profunda. Su escepticismo le preservaba contra el espíritu de innovación demasiado atrevida y contra las preocupaciones de la rutina; pero no podía esperarse de él una labor seria é intensa. Su afición á la intriga, su ligereza y su manía de creer que en Francia todo debía acabar con canciones, habíanse agravado con la edad; y lo que más le preocupaba era sortear las influencias contrarias y aplazar las dificultades.

El rey, al día siguiente de su advenimiento, le escribió la siguiente modesta y conmovedora carta:

«En medio del justo dolor que me abruma y que comparto con todo el reino, tengo grandes deberes que cumplir: soy rey, y este nombre contiene todas mis obligaciones; pero no cuento más que veinte años y no poseo todos los conocimientos que me son necesarios, y por añadidura, no puedo ver á ningún ministro porque todos han visto al rey en su última enfermedad. La certeza que tengo de vuestra probidad y de vuestro profundo conocimiento de los negocios, me mueve á rogáros que me ayudéis con vuestros consejos. Venid, pues, lo más pronto que os sea posible y con ello me proporcionaréis gran satisfacción.»

Maurepás acudió presuroso al llamamiento y «desde el primer cuarto de hora de su instalación pareció ocupar un puesto que nunca hubiese abandonado.» No se adjudicó ningún departamento ministerial, limitándose á tomar el título de ministro de Estado; pero ejerció en realidad las funciones de primer ministro. Luis XVI, que para tenerlo constantemente cerca, le dió una habitación próxima á la suya, conferenciaba á solas con él y le pedía consejo en todo.

Los partidarios de Choiseul temieron que Maurepás fuese un obstáculo al encumbramiento de su jefe y á

(2) Véase pág. 58.

Voltaire parecióle mediocre la elección que de aquel consejero había hecho el rey: «Lo mejor que pueden hacer los franceses—escribía—es ser dulces y amables; el Sr. de Maurepás es el primer hombre del mundo para las farsas.» En cambio, los poetas oficiales compararon á Luis XVI con Telémaco y se acuñaron medallas en las cuales el rey estaba bajo la salvaguardia de una Minerva que se parecía á Maurepás.

Este se habría conformado con la vecindad del «Triunvirato» si no hubiese temido compartir la impopularidad del mismo. Soñaba con un ministerio que hubiese podido mantener la balanza en el fiel entre los «choiseullistas» y los devotos, y en el entretanto, trataba cordialmente á sus colegas. Pero los amigos de Choiseul no podían acostumbrarse á la idea de que el nuevo reinado les dejase oscurecidos y apremiaron á la reina para que consiguiese siquiera la desgracia de Aiguillon. Tenía éste muchos envidiosos dentro del ministerio, en donde aspiraba á ocupar el primer puesto; secretario de Estado de la Guerra y de los Negocios Extranjeros, y apoyado por el contralor general Terray, preparaba la reconciliación con la antigua magistratura, es decir, la destitución de Maupeou. La reina, que no le perdonaba sus relaciones con la señora du Barry y no podía, según decía ella misma, acostumbrarse á ver á aquel hombre de «rostro amarillo», que tenía trazas de conspirador, logró su desgracia en 2 de junio.

Luis XVI, que había satisfecho á los devotos llamando á Maurepás, complació á los choiseullistas destituyendo á de Aiguillon. Cuando escogió para el departamento de los Negocios Extranjeros al embajador en Suecia, Vergennes, protegido de las Madamas y que había figurado en el partido de su padre, el Delfín, y para el de la Guerra á un hombre de piedad rígida, el conde de Muy, los devotos aplaudieron; pero luego el rey, inclinándose otra vez hacia el sentido opuesto, consintió en el regreso de Choiseul á la corte.

Los amigos del duque creyeron que éste recobraría el poder, sin darse cuenta de la repugnancia que sentía el rey por el hombre que tan mal se habla portado con el Delfín, su padre, cuyas costumbres le desagradaban y de quien decía: «Es un desparrador.» Choiseul se puso en camino para París; las verduleras salieron á recibirle hasta Berry, y el día 12 de junio fué recibido «como Nuestro Señor en Jerusalén.» Arrojárse flores á su paso y versos en su coche; la gente subióse á los tejados para verle, y los príncipes y los embajadores le felicitaron; pero cuando al día siguiente acudió á la cámara real, á la hora de levantarse el rey, éste le habló sólo de pasada y únicamente para decirle: «Señor de Choiseul, habéis perdido una parte de vuestros cabellos.» El duque contestó que ello era debido al aire libre y á la caza, y así terminó la conversación. La reina dispuso á Choiseul un gran recibimiento, pero no se tomó la molestia de imponerle al rey; su madre no la excitaba á que lo hiciera, pues el Austria ya no necesitaba del duque teniendo, como tenía, en la reina el agente más leal que pudiera desear. Choiseul se hizo cargo de aquella situación y regresó á Chanteloup.

El descontento del partido de Choiseul fué entonces tan grande, que Luis XVI y Maurepás creyeron necesario hacer el sacrificio de un segundo ministro y en 20 de julio licenciaron al secretario de Estado de la Ma-

rina, de Boynes, substituyéndolo, para dar gusto á los Filósofos y á los Economistas, por Turgot, intendente del Limousin, poco conocido del público pero estimado por cierto número de administradores, de sabios y de publicistas. Decíase de él que era un trabajador infatigable y que tenía «un gran fondo de virtudes,» y esta fué quizás la razón que indujo á Luis XVI á llamarle á la gestión de los negocios públicos.

Quedaban en sus puestos los ministros más desacreditados, Maupeou y Terray.

### III—La cuestión parlamentaria; desgracia de Maupeou (1)

Una de las cuestiones que apasionaban la opinión era «la restauración de los Parlamentos.» Al final del reinado de Luis XV los enemigos del canceller Maupeou estaban desalentados (2), pero la muerte del rey los reanimó. Tituláronse «Patriotas» y todas las clases sociales proporcionáronles aliados: en primera fila figuraban los magistrados desposeídos de sus cargos, que aún tenían su inmensa clientela en todo el reino; y abogados y procuradores, ujieres y alguaciles, amenazados por la reforma del procedimiento, reanudaban la ofensiva contra el canceller en los tribunales, en los presidios, en las baillías y en las senescalías. Secundaban también á los Patriotas algunos príncipes. El duque de Orleáns, aunque se había sometido á Maupeou, temeroso de que le quitasen los bienes del Estado que detentaba á título de dotación, tenía sus proyectos á largo plazo, pensaba hasta en la eventualidad de la vacante del trono y quería atraerse á la antigua magistratura

(1) FUENTES: *Journal historique du rétablissement*, t. VI; Condorcet, *Œuvres*, t. V; Georget, de Levis, ya citados. *Lettres sur l'état de la magistrature en l'année 1772*, por Hue de Miromesnil (Bibliot. Nac. Ms. f., 10.986); *Correspondance inédite de Condorcet et de Turgot (1770-1779)*, pub. por C. Henry, París, 1883; Voltaire, *Œuvres complètes*, ed. Beuchot, París, 1834-1840, 72 volúmenes, t. XLIX y LXVII; *Correspondance*, ed. Garnier, París, 1880-1885, 20 vol., t. XIV y XV; Defland (Sra. de), *Correspondance*, París, 1865, 2 vol., t. I; *Correspondance de Frédéric II, roi de Prusse*, Berlin, 1854, 12 vol., t. I (con de Alembert); *Délibérations du Parlement de Paris*, Arch. Nac., X<sup>b</sup> 8965; Beaumarchais, *Œuvres*, París, 1826, 6 vol., t. VI; *Correspondance de Miromesnil* (Bibliot. de Ruán, Ms. f. Y 241); *Mes loisirs ou Journal d'événements tels qu'ils parviennent à ma connaissance*, por el librero parisiense P. Hardy, 1764-1789 (Bibliot. Nac. Ms. f. 6.680 á 6.687); *Histoire des événements depuis le mois de septembre 1770 concernant les Parlements et les changements dans l'administration de la justice et dans les lois du Royaume (1770-1775)*, por M. Regnaud (Bibliot. Nac. Ms. f. 13.733 á 13.735); *Journal de nouvelles du marquis d'Alberas*, Bibliot. Nac. Ms. f. nuev. adq., 4.390 y siguientes); *Lettres de M. R.\*\*\* à M.\*\*\**; *Le songe de M. de Maurepás ou les machines du gouvernement français* (t. III de Soula-vie), Linguet, *Annales politiques, civiles et littéraires du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Londres, 1777-1792, 19 vol., t. XIV; del mismo, *La France plus qu'angloise*, Bruselas, 1788; Beugnot, *Mémoires* (1783-1815), París, 1866, 2 vol.; Diderot, *Œuvres*, pub. por Assezat y Tournoux, París, 1875-1877, 20 vol., t. VI (Carta de Diderot sobre los Parlamentos en 1766); Morellet (abate), *Mémoires*, París, 1822, 2 vol., t. I.

OBRAS DE CONSULTA: Geffroy, t. I, ya citado. Cruppi, *Un avocat journaliste au XVIII<sup>e</sup> siècle*; Linguet, París, 1895; Floquet, *Histoire du Parlement de Normandie*, Ruán, 1840-1843, 7 volúmenes, t. VII. Rócaquin, *L'esprit révolutionnaire avant la Révolution (1715-1789)*, París, 1878. H. Carré, *Turgot et le Rappel des Parlements en «La Révol. française,» 1902.*

(2) Véase pág. 183.

para destruir la competencia posible de los Borbones de España; y aparte de esto estaba bajo la influencia de una intrigante amiga de los Parlamentarios, la señora de Montesson. El príncipe de Conti, personaje extravagante, maniático y brutal, hacíase el tribuno por ambición enfermiza y por excentricidad; se las echaba de teórico de un gobierno en que los magistrados y los grandes compartirían la autoridad, y protegía y mantenía á los literatos del partido parlamentario Mably, Le-paige y el presidente. Meinières. Detrás de estos príncipes estaban el duque de Chartres, hijo del duque de Orleáns, y el príncipe de Condé, éste no obstante los celos que de los Orleáns tenía. Una gran parte de la nobleza hacía causa común con los parlamentos, como consecuencia de la comunidad de intereses que se había establecido entre la nobleza de la espada y la de la toga (1), y la clase media daba á los Patriotas el contingente de los modestos propietarios, de los comerciantes y de los industriales, impregnados todos ellos de espíritu jansenista y que en Maupeou odiaban al amigo de los jesuitas.

Los doctrinarios del partido afirmaban que los antiguos parlamentos habían sido siempre y eran todavía, á falta de los Estados generales, los naturales defensores del pueblo contra la arbitrariedad; y al mismo tiempo preconizaban las nuevas máximas sobre la libertad originaria del hombre, sobre los derechos del ciudadano, sobre el origen del poder real y sobre el contrato social que hace del rey el mandatario y no el amo del país, é invocaban constituciones fundamentales que se decía habían sido violadas por Maupeou. En concepto de muchos, los magistrados desterrados son los adversarios del despilfarro de la hacienda, de las innovaciones fiscales y de la tiranía ministerial.

Enfrente de los Patriotas hay un partido menos numeroso y más homogéneo y del que son jefes las Madamas, quienes, como en otro tiempo su hermano el Delfín, detestan los parlamentos, enemigos de la Iglesia y de la monarquía. La mayoría de los obispos y la mayoría del clero comparten las opiniones de aquellas damas. Los obispos no perdonan á los Parlamentarios la destrucción de los jesuitas; apoyados por Madama Luisa, la carmelita, y á pretexto de la decadencia de la enseñanza, han esperado algún tiempo el restablecimiento de la Sociedad, y si no han podido obtenerla, á lo menos han introducido nuevamente á los jesuitas como sacerdotes seculares (2). Finalmente los nuevos tribunales molestaban infinitamente menos que los antiguos á los obispos, puesto que no les disputaban la administración de los hospitales y de las escuelas, ni se inmiscuían en la disciplina eclesiástica.

Los absolutistas, al igual que los devotos, apoyan á la nueva magistratura; al frente de ellos figuran el conde de Provenza y el conde de La Marche, hijo de Conti, que se hace campeón de la realeza por espíritu de oposición á su padre; y con ellos están los asentistas, aliados naturales de los gobiernos fuertes y enemigos de los parlamentos que los denunciaban á la execración pública.

Los Economistas y los Filósofos habían visto con

(1) Véase pág. 180.

(2) Véase pág. 183.

complacencia la humillación de los Parlamentarios; los primeros sólo de un «despotismo ilustrado» esperaban la aplicación de sus doctrinas y los segundos detestaban en la toga el espíritu de intolerancia y de persecución. Para Diderot, el antiguo parlamento de París es un poder gótico en sus usos, esclavo de las formas, intolerante, santurrón, supersticioso, envidioso del sacerdote y enemigo del filósofo, parcial, vendido á los grandes, quisquilloso, que todo lo enreda, que se hace suyos los negocios de política, de guerra y de hacienda, vengativo, orgulloso y funesto. Voltaire ha ensalzado á Maupeou por haber castigado á «los asesinos de Lally y de La Barre,» y en los primeros días del reinado de Luis XVI escribe: «Me asombra que se quiera sacrificar el nuevo parlamento, que no ha hecho más que obedecer al rey, al antiguo que sólo supo provocarle.»

El rey comprendía perfectamente que la restauración de los parlamentos debilitaría la autoridad real, fortaleciendo las pretensiones de la toga, y daría mayor importancia y mayor poder á los príncipes de la sangre; pero sentíase turbado por la agitación de los Patriotas. Al principio creyóse que el monarca mantendría la obra de su predecesor, porque Maupeou hacía gran ostentación de su poder, daba comidas espléndidas y creía tener asegurado el porvenir. Los jueces de Maupeou asistieron el día 27 de julio á la ceremonia del «catafalco,» oficio para el descanso del alma de Luis XV, y en aquel acto fueron saludados por el conde de Artois, el príncipe de Condé y el conde de La Marche; el duque de Orleáns y su hijo, el duque de Chartres, que se habían negado á asistir al oficio para no tener que tributarles el mismo homenaje, fueron desterrados á Villers-Cotterets.

Los amigos de Choiseul, sin embargo, consiguieron vencer la indiferencia con que la reina miraba el gran problema, acusando á los devotos del propósito de enemistarse con Luis XVI y denunciando á Maupeou como inspirador de una composición en verso *Le lever de l'Aurore (El despertar de la Aurora)* que se publicó en aquel entonces y en la cual se acriminaba á María Antonieta porque iba, en compañía de gente alegre, á ver salir el sol en Marly. Además propalaron el rumor de que Luis XVI iba, como su predecesor, á favorecer los monopolios y á matar de hambre al pueblo. En Marly aparecieron pasquines pidiendo «en términos espantosos» el restablecimiento de los parlamentos y la gente se compadecía de la suerte de los antiguos magistrados:

«La continuación del destierro de los magistrados—escribía la señora de Boufflers—es motivo de descontento general entre las gentes de bien. Opínase que no había momento que perder para poner fin á la desgracia de tantas familias que sufren sin haberlo merecido. Muchos de esos hombres han muerto ya de pena; otros están arruinados, y todos se ven privados de sus cargos y de su condición. Se quiere que el Sr. de Maurepás restablezca las cosas á su antiguo ser y estado, ó que se retire.»

Al público se le demostraba que el rey no tenía más «medio que el parlamento para conocer la verdad.» La prisión de unos hidalgos de Normandía por haber dirigido al rey una instancia sobre imposiciones excesivas causó gran escándalo. «En una palabra—añade la señora de Boufflers—de persistir la administración presente,